

RECORRIDO POR AUSANGATE, LA MONTAÑA MÁGICA

Textos y Fotografías: Ricardo Carrasco Stuparich

Caminamos entre grandes montañas, un paisaje aparentemente agreste pero rebosante de vida y detalles que van apareciendo a medida que se avanza; grandes lagunas de azul turquesa, esmeraldas y palestras rocosas enormes que se alzan desde lo profundo de la tierra, como descomunales uñas que tratan de rasgar el cielo. Acompañándoles, moles de hielo eterno, macizos que sobrepasan los 6.000 metros de altura y que corresponden a una de las cordilleras más imponentes del planeta. El lugar, la cadena montañosa de Vilcanota, donde Ausangate y Cayangate, dos apus sagrados o montañas ancestrales del Perú, rigen la vida del hombre andino.

Romario Huamán Quispe es el típico joven de los altos andes peruanos. De mirada limpia y transparente sabe preparar el fuego cálido con *coirón* y guano cuando cae la fría tarde, cocinar meriendas diversas y también a sus escasos dieciocho años, ya sabe que para sobrevivir en condiciones tan agrestes, soportando temperaturas menores a los -20 °celsius en la época fría, hay que respetar los ciclos de la naturaleza y cuidar como oro lo máspreciado del hombre andino, el rebaño de animales.

Sentado en cuclillas y con las manos estiradas hacia el fogón, miro absorto el interior de la rústica casa de Romario. Con pequeñas ventanitas como escotillas y con innumerables recortes de periódicos y revistas como recubrimiento en las paredes, la habitación principal hecha de piedras, barro y yeso, alberga en su interior algunos rudimentos de cocina, cuerdas artesanales y una mesa tallada de una gran piedra traída de los alrededores. Al fondo, una pequeña puerta por la que es necesario agacharse da la entrada a una cálida habitación, donde se duerme no en camas, si no que en un relieve del suelo que se cubre con muchos cueros de ovejas y llamas. Aunque afuera el sol brilla, las casas de los altos andes son oscuras, la única luz que domina es la de la cocina y la de lámparas de aceite. La techumbre de *coirón* entretejido a absorbido años de humaredas e historias junto al fuego y ya solo deja ver algunas cebollas colgando o artesanía olvidada.

La madre de Romario, de rodillas al igual que yo, pica papas y prepara en forma mecánica los alimentos para la familia Huamán Quispe. Habla, como la gran mayoría de las personas de edad del altiplano, únicamente quechua y sólo puedo entender sus gestos. La luz de la fogata ilumina su rostro ajado, el que se confunde con las paredes. Mientras, un pequeño y juguetón cuye descansa su peluda cabeza en mi rodilla, algunos pasan corriendo por entre las ollas sin saber que se convertirán en el almuerzo. El joven riéndose dice, “ estas son las mascotas de la casa, las traemos desde el poblado de Tinquí, y aquí se crían bien, hasta que están bien para la olla, son mejores que el conejo”. Aun no aclara y decidimos tomarnos un mate de hojas de coca, para evitar el mal de altura y esperar el amanecer.

Comenzamos nuestra jornada hacia *comercocha* o laguna verde, una de las tantas maravillas de esta desconocida ruta. Deberíamos llegar a ella después de cuatro o cinco horas de marcha, pero todo dependerá del estado del sendero. “El año pasado hubo derrumbes y se cortaron varias sendas” dice mi guía mientras amarra la carga a uno de sus mulos, “ y a veces las bestias se asustan de no ver el camino y se regresan a la casa, dejando las cosas tiradas por el monte”. Mientras, un grupo de alpacas sale

lentamente de su corral, donde han pasado la noche y el gélido viento les a congelado la lana del lomo, dándoles un aspecto divertido.

Con las manos rodeando el mate para desentumecerlas, observo semejante paisaje, que calmo y que armónico. El silencio andino congela mis oídos, el cielo cristalino permite distinguir una luna creciente aun con los primeros rayos del sol. Tras este panorama, el macizo Ausangate, de 6.400 metros corta el cielo en dos, penetrando como un gigantesco y filoso diamante sobre el firmamento. Los ojos se rehusan a entender semejante maraña de hielos petrificados y transparentes que se descuelgan en glaciares y avalanchas como estalactitas desde el mismo borde del paraíso. Aunque para Romario Huamán este espectáculo es familiar, no deja de repetirme lo hermoso que es para él, toma un sorbo de mate y mirando con sus ojos brillantes lo alto de la montaña me dice, “esta es la montaña más linda del mundo, aquí tenemos todo, comida, terrenos para pastoreo y Ausangate que nos cuida”. Me impresionan sus palabras, ya que sin duda no necesita conocer otro lugar en el mundo para ser tan feliz.

La vida en las alturas transcurre lenta e inexorablemente. En las pasturas, los habitantes de la localidad de Pacchanta salen desde sus chozas a cumplir con sus labores diarias. Se nutren principalmente de las alpacas, que les proporcionan carne, cuero, guano como combustible y lana, con la que fabrican gran parte de su colorida vestimenta y cuerdas para los arreos. Tampoco pueden faltar una pareja de mulos para cargarles con sacos de víveres o transportar alimento para los animales. Las familias de Pacchanta además, tienen afluentes de aguas termales, donde han construido una gran piscinas para bañarse, la que a diario, comparten todos sus habitantes. La papa es preparada casi a diario, ya sea en sopas o guisos, o con cáscara y deshidratadas, lo que llaman “papa fría”. Romario se explaya, “disponemos en el suelo una capa de pasto seco y encima, los tubérculos para que con la llegada de las heladas nocturnas pierdan el agua, quedando harinosas y duraderas” mientras me habla, se cala su sombrero que el mismo ha hecho de mostacillas y lana de alpaca, a la antigua usanza.

Me arranca de mi contemplación y trae a Villafuerte, uno de sus mulos para iniciar el viaje y no perder más tiempo. Por delante hay que recorrer una serie de lagunas, llegar hasta la base de un enorme glaciar y visitar una mina de yeso que usan los locales para obtener materia prima para pintar sus casas siempre blancas.

A medida que ascendemos por un cañadón rocoso cubierto de pastos achaparrados, van apareciendo numerosos rebaños de alpacas. Las hembras acompañadas de sus curiosas crías, salen a recibirnos. Adaptadas a una alimentación de bofedal -lugar húmedo- en el Perú hay más de tres millones de estos rumiantes, la mayor población en Sudamérica ya que se desarrollan muy bien entre los 3.000 a 4.800 metros de altura. También aparecen las infaltables vizcachas, las que paradas en lo alto de las rocas, observan nuestro tranquilo avance. Aunque la avifauna del lugar es escasa, es imponente; águilas, aguiluchos y rapaces menores como el tiuque son los reyes del aire, pero sobre ellos, domina las alturas el cóndor. Además es posible ver guayatas, patos silvestres, quilinchas y algamares, estos últimos similares en su silueta, a un ibis.

Estamos a mediados de Junio, la época de buen tiempo en el altiplano. La presencia del cruel invierno Boliviano se hace sentir desde Noviembre a Marzo, donde las lluvias provocan derrumbes y crecidas tremendas en los ríos. Sin embargo, algunas lagunas hasta bien entrada la tarde conservan una gruesa capa de hielo que las petrifica como espejos gigantes.

Villafuerte es un gran mulo, pero después de varias horas sobre su lomo es necesario detenerse y recuperar energías. Hemos llegado a la gran *comercocha* o laguna verde, la que es abrazada por el nevado *cayangate*, nutriéndola de su hermoso paisaje y

de aguas de sus deshielos. Mi guía andino abre una pequeña bolsa de cuero de hígado donde porta los alimentos adecuados para una merienda de altura; frutas deshidratadas, maíz tostado, papa fría, mucho té y unos trozos de cuye cocido son obligados para una jornada por las montañas. Me comenta, mientras masticamos nuestras raciones, que sus antepasados incaicos lograron llevar desde estos apus o nevados sagrados el agua hasta el mismo Cuzco, distante del lugar unos 160 kilómetros al oeste para los baños reales de *sacsayhuaman*. El terreno casi impermeable impidió que el agua que escurría por entre las canaletas de piedra fuera absorbida en su largo recorrido. La pregunta es, ¿cómo calcularon la pequeña pendiente?. Sin duda, otra de las sorprendentes hazañas de la cultura incaica.

Continuamos nuestra travesía andina a través cañones erosionados por la presencia de antiguos glaciares que rasparon la piedra. De pronto, entre las patas de Villafuerte cruzan cuncunas naranjas que se dirigen cerro abajo. Resulta curioso, han aparecido de la nada y de pronto todo está invadido por estos invertebrados y muchas son arrastradas por los esteros. Romario me comenta que con la llegada de las lluvias se puebla el lugar de flores y mariposas.

Lentamente los trancos de los mulos se van tragando el paisaje y visitamos *morococha*, donde alguna vez, según el guía, cayó un gigantesco meteorito para darle vida. *Yanacocha*, la pequeña de aguas translúcidas y donde abundan infinidad de renacuajos. Seguidamente *Alcacochoa*, una extraña y alargada laguna de tres colores, donde Romario decide que es óptimo armar campamento. Fatigados, esperamos la llegada de la noche que se deja caer como una gran manta oscura. En pleno sueño, nos despierta un ruido sordo y una extraña vibración en el terreno, me siento automáticamente sobre mi bolsa de dormir y asustado abandono la tienda. Romario me tranquiliza explicándome que son las avalanchas del Ausangate, y que de lo único que debemos preocuparnos es de calmar a los animales, los que han arrancado de regreso a casa. La situación es delicada y tenemos que correr por más de dos horas para poder atraparles en la oscuridad de la noche.

Al despuntar el alba, nos encontramos nuevamente en el campamento y continuamos con la jornada para cruzarnos en las inmediaciones de *pachas*, o lugar del yeso, con Clarimir, un tío lejano de mi guía que vive a los pies de *sibinacocha*, una gigantesca fosa lacustre de altura. Nos detenemos a conversar con él en una parada obligada donde intercambiamos, como costumbre andina, algunas provisiones y anécdotas. De frente amplia y cuajada por el sol, Clarimir apenas balbucea algunas palabras en Español. Me explica entre gestos y señas que se dirige a Pacchanta, donde encontrará forraje ya que los alimentos han escaseado en su casa, en la zona de la alta puna. Por sus animales, puedo entender la gravedad de sus palabras, los que con sus costillas clavadas al espinazo, se alejan raudos montaña abajo, como si supieran que en la planicie los espera su merecida recompensa.

A medida que avanzamos, la amistad con Romario, a pesar de los problemas idiomáticos, se hace más fuerte, y es que el hombre andino no tiene tapujos en decir lo que le molesta o agrada, y resuelve de inmediato las posibles diferencias.

Proseguimos hacia *ocacocha* y *uturungo*, esta última la menor de las lagunas pero no por eso menos bella. Ahí numerosos rebaños aprovechan de ramonear la escasa vegetación. Atrás queda también *azulcocha* o laguna azul, la que presenta una gruesa capa de hielo reflejando las montañas. Mi guía no se detiene, y noto en su rostro una cierta expresión de pesar. “Esa es la más peligrosa” -sentencia Romario- “ tiempo atrás perdimos veinte alpacas porque sin saber, y buscando que comer se pusieron a caminar sobre *azulcocha*, las encontramos una vez que se derritió el hielo”, esto significó una

gran pérdida y años de trabajo, un episodio que Romario y su familia sin duda desean olvidar.

Finalmente llegamos a la última de las lagunas del recorrido, *queluacocha*. Estamos todos exhaustos y debemos rápidamente ubicar un pequeño rebaño de alpacas que se debe arrear y cuidar durante la noche. Años atrás, me comenta, los robos de animales eran frecuentes, pero con el fuerte aumento de destacamentos policiales en las zonas altiplánicas y la disminución del terrorismo el problema para ellos ya casi no existe, pudiendo dejar pastar grandes rebaños preocupándose sólo de guiarles a zonas de bofedal.

La tarde cae y el majestuoso Ausangate se muestra rojizo y vaporoso. Nos acercamos al último corral de la familia Huamán, donde como es costumbre, hay una pequeña habitación construida de piedras mezcladas con barro y cubierta de pajonal extraído desde las mismas lagunas. La cocina es obligada en estas avanzadas y es básicamente una cavidad de barro con dos orificios en donde se disponen las ollas y una entrada lateral para proporcionar el guano de alpaca, que arde increíblemente. Para dormir se disponen cueros de oveja en el piso, que resultan ser un excelente aislante del frío suelo, muchas veces cubierto por una capa de hielo. La pequeña habitación tiene un orificio en el techo, dispuesto ahí para que salga el humo, pero también útil para ver las estrellas y soñar con las maravillas que traerá el próximo día.

Ricardo Carrasco Stuparich
Imágenes de Nuestro Mundo ®
Cel: +56 9 88687913
E-mail: info@rcsphoto.net